

## LECCIÓN VII

### LAS CONGREGACIONES ENSEÑANTES.

#### JESUITAS Y JANSENISTAS

Las Congregaciones enseñantes. — Jesuitas y Jansenistas. — Fundación de la Sociedad de Jesús (1540). — Juicios diversos sobre los méritos pedagógicos de los Jesuitas. — Fuentes que deben consultarse. — Descuido de la instrucción primaria. — Estudios clásicos: el latín y las humanidades. — Desprecio de la historia, de la filosofía, de las ciencias en general. — Disciplina. — La emulación alentada. — Corrector titulado. — Espíritu general de la pedagogía de los Jesuitas. — Los oratorenses. — Las Pequeñas Escuelas. — Estudio de la lengua francesa. — Nuevo sistema de delecto. — Los maestros y los libros de Port-Royal. — Ejercicio de la reflexión personal. — Espíritu general de la educación intelectual en Port-Royal. — Principios pedagógicos de Nicole. — Pesimismo moral. — Consecuencias disciplinarias. — Defectos de la disciplina de Port-Royal. — Juicio general sobre Port-Royal.

**Las Congregaciones enseñantes.** — Hasta la Revolución francesa, hasta el día en que tomó cuerpo en los actos legislativos de nuestras asambleas soberanas la idea de una instrucción pública y nacional, la educación quedó exclusivamente como cosa de la Iglesia. Las universidades mismas dependían en parte de la autoridad religiosa; pero, sobre todo, había grandes congregaciones que monopolizaban la enseñanza cuyo gobierno y dirección no pensaba aún en reivindicar por su parte el Estado.

Cierto es que la instrucción primaria apenas entró, al principio, en las preocupaciones de las órdenes religiosas. Desde este punto de vista podría mencionarse a lo más, la Congregación de la *Doctrina cristiana* fundada en Aviñón el año de 1592 por un humilde sacerdote, César de Bus, y que tenía por objeto la

educación religiosa de los hijos del campo (1). Pero en cambio la enseñanza secundaria provocó el acontecimiento pedagógico más grande del siglo XVI, la constitución de la Compañía de Jesús, y este movimiento se propagó al siglo XVII sea en los colegios de los jesuitas, cuyo número iba siempre en aumento, sea en otras congregaciones rivales.

**Jesuitas y jansenistas.** — Entre las órdenes religiosas que consagraron sus esfuerzos a la enseñanza hay que contar en primer término, los jesuitas y los jansenistas. Diferentes por sus estatutos, por su constitución y por sus destinos, aún lo son más esas dos congregaciones por su espíritu. Representan, en efecto, dos tendencias opuestas y algo así como dos fases contrarias de la naturaleza humana y del espíritu cristiano. Para los jesuitas, reduce la educación a una cultura superficial de las facultades brillantes de la inteligencia, y los jansenistas, por el contrario, aspiran a desarrollar las facultades sólidas, el juicio y la razón. En los colegios de los jesuitas priva la retórica y en las Escuelas de Port-Royal predominan la lógica y el ejercicio del pensamiento. Los hábiles discípulos de Loyola se acomodan al siglo y son complacientes para la debilidad humana; los solitarios de Port-Royal son severos para con los demás y para con ellos mismos. Con su flexibilidad y con su optimismo risueño, los jesuitas casi son los Epicúreos del cristianismo; por su doctrina austera y algo sombría, los jansenistas serían más bien sus estoicos. Los jesuitas y los jansenistas, esos grandes rivales del siglo XVII, se hallan todavía frente a frente y en lucha, y mientras la inspiración de los jesuitas procura conservar los antiguos ejercicios, como los versos latinos y el abuso de la recitación, el espíritu de los jansenistas anima e inspira a los reformadores que en la enseñanza clásica rompen con las tradiciones y con la rutina para sustituir los ejercicios de elegancia y la instrucción superficial con estudios más positivos y con una educación más completa.

(1) La Congregación de los *Doctrinarios* fundó más tarde establecimientos de enseñanza secundaria. Maine de Biran, Laromiguiere y Lakanal fueron los discípulos de los *Doctrinarios*.

El mérito de las instituciones no debe nunca medirse por su éxito aparente. Desde hace tres siglos, los colegios de los jesuitas no cuentan ya el número de sus alumnos; las escuelas de Port-Royal no han vivido veinte años y durante su corta existencia habrán reunido á lo más unos cuantos centenares de discípulos; y sin embargo los métodos de los jansenistas han sobrevivido á la ruina de sus colegios y á la dispersión de los maestros que los aplicaron. Aunque en apariencia los jesuitas no hayan cesado de reinar, los jansenistas son los que en realidad triunfan y gobiernan hoy la enseñanza secundaria.

**Fundación de la Sociedad de Jesús.** — Al organizar la Sociedad de Jesús, Ignacio de Loyola, ese místico y hombre de acción á la vez, pretendía constituir no una orden de contemplación monástica, sino una verdadera milicia de combate, un ejército católico, cuyo doble objeto debía ser el de conquistar, por medio de las misiones, nuevas provincias para la fé y conservarlas antiguas por la dirección de la educación. Consagrada solemnemente en 1540 por el Papa Pablo III, la congregación se desarrolló rápidamente y á mediados del siglo XVI poseía ya en Francia varios colegios, contándose entre los más notables los de Billom, de Mauriac, de Rodez, de Tournon y de Pamiers. En 1561 instalábase en París, á pesar de las resistencias del Parlamento, de la Universidad y aun de los mismos obispos, y cien años más tarde contaba cerca de catorce mil alumnos sólo en la provincia de París, y el colegio de Clermont reunía más de dos mil jóvenes en 1651. Las clases medias y las altas contribuían al reclutamiento siempre creciente de los colegios de la Sociedad y á fines del siglo XVII los jesuitas podían inscribir en el cuadro de honor de sus clases, cien ilustres nombres; entre otros los de Condé y Luxemburgo, Fléchier y Bossuet, Lamoignon y Séguier, Descartes, Molière y Corneille. En 1710 dirigían seiscientos doce colegios y un gran número de universidades. Eran los verdaderos amos de la educación y ejercieron esa soberanía pedagógica hasta fines del siglo XVIII.

**Diversos juicios sobre los méritos pedagógicos**

**de los jesuitas.** — Voltaire ha dicho de sus maestros: « Los Padres no me enseñaron más que latín y tonteterias; » pero ya desde el siglo XVII, las opiniones están divididas y á los aplausos de Bacon y de Descartes hay que oponer el juicio severo de Leibnitz: « En asuntos de educación, dice ese gran filósofo, los jesuitas no pasaron de lo mediocre (1). » Bacon, por el contrario había escrito: « En lo que concierne á la instrucción de la juventud, hay que consultar las clases de los jesuitas; pues no puede hacerse nada mejor (2). »

**Fuentes que deben consultarse.** — Nunca escribieron los jesuitas sobre los principios y el objeto de la educación y no hay que pedirles una exposición de miras generales, una profesión de fé pedagógica; pero en cambio, redactaron minuciosamente y con cuidado escrupuloso en los detalles, el reglamento de sus estudios. Ya en 1559 las *Constituciones*, escritas, al parecer, por el mismo Ignacio de Loyola, consagraban todo un libro á la organización de los colegios de la Compañía (3); pero sobre todo el *Ratio studiorum* publicado en 1599 encierra un programa escolar completo que desde hace tres siglos es el código pedagógico invariable de la congregación. Cierto es que los jesuitas, dispuestos siempre á hacer concesiones aparentes al espíritu de la época sin sacrificar nada de su propio espíritu ni renunciar á su inflexible objeto, han introducido modificaciones en su regla primitiva; pero el espíritu de su pedagogía es siempre el mismo y en 1854, el P. Beckx, actual general de la orden, podía declarar aún que el *Ratio* es la regla inmutable de la educación jesuítica.

**La educación primaria descuidada.** — Un rasgo permanente y característico de la pedagogía de los jesuitas es el de que durante todo el curso de su historia, han descuidado y visto con desprecio la instrucción primaria. El mundo está lleno de colegios latinos, y en cuantas partes han podido, se han apoderado de las universidades de enseñanza superior; pero no han

(1) *Leibnitii opera*. Genovæ, 1768, t. VI, pág. 65.

(2) Bacon, *de Augmentis scientiarum*, lib. VI, cap. IV.

(3) Véase el cuarto libro de las *Constituciones*.

fundado una sola escuela primaria. Aun en sus establecimientos de enseñanza superior confían las clases inferiores á profesores que no pertenecen á su Orden y se reservan la dirección de las clases superiores. ¿Hay que creer, como lo han dicho para explicar ese descuido, que el único motivo de su abstención y de su indiferencia, debe buscarse en la insuficiencia de su personal? No: la verdad es que los jesuitas ni desean ni aman la instrucción del pueblo. Para desealarla y amarla es preciso tener fé en la conciencia y en la razón; es preciso creer en la igualdad, y los jesuitas desconfían del espíritu humano y no persiguen más que la educación aristocrática de las clases directoras, que esperan, además, dirigir por sí mismos. Quieren formar caballeros amables, hombres de mundo cumplidos: no tienen la idea de formar hombres. Para ellos la cultura intelectual sólo es una conveniencia impuesta por su posición á determinadas clases sociales; en sí misma no es buena y aun llega á ser perjudicial y á convertirse en un arma peligrosa en ciertas manos. La ignorancia del pueblo es la mejor salvaguardia de su fé y la fé es el fin supremo. No debe, pues, extrañarnos el leer en las *Constituciones* palabras como las siguientes:

« Ninguno de aquellos que se empleen en servicios domésticos por cuenta de la Sociedad, deberá saber leer ni escribir, ó si lo sabe, aprender algo más; no se le instruirá sin consentimiento del general, pues le basta servir con toda sencillez y humildad á Jesucristo Nuestro Señor. »

**Estudios clásicos: el latín y las humanidades.**  
— Sólo en la enseñanza superior tomaron posición los jesuitas con notorio éxito. El fondo de su enseñanza es el estudio del latín y del griego. Adueñarse de las letras antiguas á fin de hacerlas servir para la propagación de la fé católica, tal es su objeto; escribir en latín, tal es el ideal que proponen á sus discípulos. De aquí resulta en primer lugar la proscripción de la lengua materna. El *Ratio* prohíbe el uso del francés aun en las conversaciones y no lo autoriza más que en los días de fiesta. De ahí también la importancia concedida á los ejercicios de composición latina y griega, á

la explicación de los autores y á los estudios de gramática, retórica y poética. Notemos además que los jesuitas apenas ponen en manos de sus alumnos trozos escogidos y ediciones expurgadas. Quieren, en cierto modo, borrar en los libros antiguos todo lo que constituye el sello de la época y el carácter del tiempo. Toman de ellos hermosos ejemplos de elocuencia y de poesía; pero, según parece, tienen miedo de los autores y temen que en ellos el alumno pueda hallar el antiguo espíritu humano, el espíritu de la naturaleza. Además, en la explicación de los autores se dedican más que á las cosas, á las palabras y dirigen la atención del discípulo no sobre las ideas sino sobre las elegancias del lenguaje, sobre las delicadezas de la elocución y sobre la forma, en fin, que por lo menos no tiene religión ni puede en nada hacer sombra á la ortodoxia católica. Temen despertar la reflexión, el juicio personal y, como ha dicho Macaulay, parecen haber hallado el punto hasta donde puede llevarse la cultura intelectual sin llegar á la emancipación de la inteligencia.

**Desprecio de la historia, de la filosofía y de las ciencias en general.** — Preocupados sobre todo con los estudios de pura forma y exclusivamente enamorados de los ejercicios que acostumbra á un lenguaje hermoso, los jesuitas sacrifican por completo los estudios concretos y reales. La historia casi está proscrita de su enseñanza y sólo á propósito de los textos latinos y griegos debe el profesor hacer alusión á los conocimientos históricos necesarios para la comprensión del trozo que explica. No se toman en cuenta ni la historia moderna ni la historia de Francia. « La historia, dice un padre jesuita, es la perdición de quien la estudia. » Esta omisión sistemática de los estudios históricos bastaría para revelar tal cual es, la pedagogía facticia y superficial de los jesuitas, admirablemente definida por el P. Beckx, que se expresa en los términos siguientes:

« Los gimnasios continuarán siendo lo que son por naturaleza, una gimnasia del espíritu que consiste mucho menos en la asimilación de las verdades reales y en la adquisición de diversos conocimientos que en una cultura de pura forma. »

El mismo desprecio envuelve á las ciencias y á la filosofía. Los estudios científicos están absolutamente proscritos de las clases inferiores y el discípulo entra en filosofía sin haber estudiado más que las lenguas antiguas. La filosofía misma se reduce á un estudio estéril de palabras, á discusiones sutiles y al comentario de Aristóteles. Las únicas facultades que se ponen en actividad son la memoria y el razonamiento silogístico; no hay hechos, no hay inducciones reales, y la observación de la naturaleza se mira con absoluto desprecio. Los jesuitas son, en todo, enemigos del progreso, é intolerantes para toda novedad, querrian detener y paralizar el espíritu humano.

**Disciplina.** — Mucho se ha hablado de las reformas introducidas por los jesuitas en sus casas de educación desde el punto de vista de la disciplina. Lo cierto es que han hecho reinar en sus colegios más orden y más compostura que los que había en los establecimientos de la Universidad. Además, trataron de recrear á sus alumnos, de dorarles, por decirlo así, las rejas de la cárcel en que los encerraban; y no se omitían ni representaciones teatrales, ni excursiones los días de fiesta, ni ejercicios de natación, de esgrima, de equitación, ni nada en fin, de cuanto puede hacer soportable el internado.

Pero en cambio, los jesuitas tienen el grave defecto de alejar al niño de su familia. Quieren dominarle por completo. El ideal del colegial perfecto es el de olvidar á sus padres. He aquí lo que se dice de un discípulo de los jesuitas, que fué más tarde miembro de la orden, J.-B. de Schultaus :

« Su madre le hizo una visita en el colegio de Trento y él rehusó estrecharle la mano y ni aun quiso mirarla. La madre asombrada y afligida, le preguntó la causa de la frialdad con que la recibía. « No te miro, respondió el colegial, no porque eres mi madre sino porque eres una mujer. » Y el biógrafo agrega : « No era esto un exceso de precaución. La mujer conserva todavía los defectos que tenía en los tiempos de nuestro primer padre : es la que arroja siempre al hombre del Paraíso. » Cuando murió la madre de Schultaus, éste no manifestó la menor emoción, « pues desde mucho tiempo antes había adoptado á la Santísima Virgen como su verdadera madre. »

**La emulación alentada.** — Los jesuitas consideraron siempre la emulación como uno de los resortes esenciales de la disciplina. « Hay que favorecer, dice el *Ratio*, la emulación honesta, que es un gran aguijón para el estudio. »

Superiores en este punto, acaso el único, á los jansenistas que por desconfianza á la naturaleza humana temían excitar el orgullo al alentar la emulación, los jesuitas contaron siempre con el amor propio del alumno. El *Ratio* multiplica las recompensas : solemnes distribuciones de premios, cruces, insignias, títulos de *decuriones* y *pretore*s tomados de la república romana, y empleábanse todos los medios, hasta los más pueriles, para mantener en los niños el ardor al trabajo y para excitarlos á sobrepujarse unos á otros. Agreguemos que el alumno era recompensado no sólo por su buena conducta, sino por la mala conducta de sus compañeros, si la denunciaba.

El *decurión* ó el *pretor* estaba encargado de la policía de la clase, y en ausencia del corrector oficial azotaba él mismo á sus camaradas y se convertía para el maestro en delator y espiá. Así, pues, el alumno castigado por haber hablado en francés fuera de lo prescrito, podrá descargarse de la pena si prueba con testigos que alguno de sus compañeros ha cometido igual falta el mismo día.

**Corrector titulado.** — El látigo forma parte, por decirlo así, del antiguo régimen pedagógico, y priva sea en los colegios, sea en las educaciones particulares. Luis XIV transmite oficialmente al duque de Montausier el derecho de corrección sobre su hijo, y Enrique IV escribía al aya de Luis XIII :

« Quéjome de que no me hayáis avisado que habíais castigado á mi hijo; pues quiero y os mando que le azotéis siempre que sea rebelde ó haga algo malo, porque nada hay en el mundo que le aproveche tanto : lo que reconozco por experiencia, pues cuando tenía su edad, me pegaron mucho (1). »

No obstante su tendencia á suavizar la disciplina, los jesuitas no se cuidaron de desechar un castigo que

(1) Carta á Madame de Montglat, Noviembre 14 de 1607.

estaba en usanza aun en la corte. Sin embargo, mientras los Hermanos de las Escuelas Cristianas, según los reglamentos de La Salle, castigan por sí mismos al niño culpable, los jesuitas no creen digno del maestro que sea él quien aplique la corrección y encomiendan á un laico la tarea de manejar el látigo. Un corrector titulado, sirviente ó portero, estaba encargado en cada colegio de las funciones de ejecutor de castigos, y aunque el *Ratio studiorum* recomienda la moderación, varios testimonios demuestran que no siempre tenía la mano muy discreta el corrector especial. Véase, por ejemplo, lo que refiere Saint-Simón :

« El hijo mayor del marqués de Boufflers tenía catorce años ; era bonito y bien hecho ; lográbase perfectamente y prometía mucho. Estaba en el colegio de los jesuitas con los dos hijos de Argensón y no sé qué travesura hicieron todos. Los Padres quisieron demostrar que no tenían ni consideraban á nadie y azotaron al niño, porque en efecto nada tenían que temer del marqués de Boufflers ; pero guardáronse mucho de hacer lo mismo con los otros dos, porque tenían que entenderse todos los días con d'Argensón, jefe de policía. El niño Boufflers fué presa de tal desesperación que cayó enfermo, el mismo día y á los cuatro días murió... Para los jesuitas el grito universal fué prodigioso ; pero la cosa no pasó de allí (1). »

**Espíritu general de la pedagogía de los jesuitas.** — Los principios generales de la pedagogía de los jesuitas están en completa oposición con nuestras ideas modernas. La obediencia ciega, la supresión de toda libertad y de toda espontaneidad, tal es el fondo de su educación moral :

« Renunciar á sus propias voluntades, dicen, es más meritorio que resucitar á los muertos. » — « Es preciso adherirnos á la Iglesia romana hasta el punto de ver negro lo que nos dice que es negro, aun cuando sea blanco. » — « La confianza en Dios debe ser bastante grande para impulsarnos á cruzar los mares sobre una simple tabla, á falta de navío. » — « Aunque Dios te hubiera dado como maestro á un animal privado de razón, no vaciles en prestarle obediencia como á un maestro y guía, por el único motivo de que Dios lo ha mandado así. » — « Hay que dejarse gobernar por la Divina Providencia que obra por intermedio de los superiores de la orden, como si fuéramos un *cadáver* que puede ponerse en cualquier posición y tratar como se quiera ; ó también como si fuéramos un *palo* entre las manos de un anciano que se sirve de él como mejor le agrada. »

(1) Saint-Simón, *Memorias*, tomo IX, 83.

En cuanto á la educación intelectual, según la entienden, es completamente superficial y facticia. Encontrar para el espíritu ocupaciones que lo absorban y lo arrullen como en un sueño, sin despertarlo por completo ; llamar la atención sobre las palabras y sobre los giros á fin de reducir en cuanto sea posible el lugar de las ideas ; provocar cierta actividad intelectual detenida prudentemente en el lugar en que á una memoria adornada sucede una razón sesuda, y en una palabra, agitar el espíritu bastante para que salga de su inercia y de su ignorancia y demasiado poco para que obre verdaderamente por sí mismo gracias al desenvolvimiento viril de todas sus facultades, tal es el método de los jesuitas. « Para la instrucción, dice M. Bersot, he aquí lo que se encuentra en ellos : la historia reducida á hechos y á cuadros, sin la lección que de ellos se desprende acerca del conocimiento del mundo ; los hechos suprimidos y aun alterados cuando hablan demasiado alto ; la filosofía reducida á ese poco que se llama doctrina empírica y á lo que M. de Maistre daba el nombre de filosofía de la nada ; la ciencia física limitada á recreaciones sin el espíritu de investigación ni de libertad, y la literatura, á la explicación admirativa de los autores antiguos, sin ir más allá de inocentes juegos de espíritu... Tocante á las letras, dos amores hay que de común no tienen más que el nombre : uno hace los hombres y el otro, grandes adolescentes. Este es el que se encuentra en los jesuitas : divierten el alma. »

**Los oratorenses.** — Entre los jesuitas sus adversarios y los jansenistas sus amigos, los oratorenses ocupan un lugar intermedio. Rompen ya con la educación demasiado mecánica, con la instrucción completamente superficial que Ignacio de Loyola había inaugurado y se acercan, por algunas innovaciones felices, á la pedagogía más elevada y profunda de Port-Royal. Fundada en 1614 por Bérulle la orden del Oratorio contó desde temprano con crecido número de colegios de enseñanza secundaria, entre ellos, desde 1638, con el famoso colegio de Juilly ; y en tanto que es raro encontrar entre los jesuitas nombres de profesores célebres, varios maestros reputados ilustraron el Ora-

torio del siglo XVII. Citemos al P. Lamy, autor de las *Conversaciones sobre las ciencias* (1683); al P. Thomassin, á quien llaman los oratorenses « teólogo incomparable » y que publicó de 1681 á 1690 una serie de *Métodos* para estudiar las lenguas, la filosofía y las letras; á Mascarón y Massillón, que enseñaron la retórica en el Oratorio, y al P. Lecointe y al P. Lelong, que profesaron la historia. Todos, en general, unen al ardor del sentimiento religioso algún amor á la libertad; quieren introducir más aire y más luz en el claustro y en la escuela; gustan de los hechos históricos y de las verdades de la ciencia, y hacen esfuerzos, en fin, para fundar una educación liberal y cristiana; religiosa sin abuso de devoción; elegante sin refinamiento; sólida sin exceso de erudición, digna, en una palabra, de contarse como una de las primeras tentativas prácticas de la pedagogía moderna.

Los límites de nuestro estudio no nos permiten entrar en detalles y sólo mencionaremos algunos puntos esenciales. Los oratorenses se distinguen en primer lugar por un amor á la verdad, sincero y desinteresado :

« Amamos la verdad, dice el P. Lamy : los días no bastan para consultarla tanto como lo deseáramos ; ó mejor dicho, nunca fastidia la dulzura que produce el estudiarla. Siempre se ha tenido ese amor á las letras en esta casa y los que la han gobernado han procurado mantenerlo vivo. Cuando entre nosotros se halla algún espíritu vasto y penetrante, que posee el genio de la ciencia, se le descarga de cualquiera otra ocupación (1). »

En ninguna parte se amaron tanto las letras antiguas como en el Oratorio. « En sus horas de descanso el P. Thomassin no leía más que autores de humanidades. » Y sin embargo, no se sacrificaba el francés al latín. El uso de la lengua latina sólo era obligatorio desde el cuarto año y no para las lecciones de historia, que hasta la conclusión de las clases debían darse en francés. La historia, despreciada durante tanto tiempo aun en los colegios de la Universidad, y particularmente la historia de Francia, se enseñaba á los alum-

(1) *Conversaciones sobre las ciencias*, pág. 197.

nos del Oratorio. Tampoco se descuidaba la geografía y en las clases se ponían grandes cartas murales. Por otra parte, las ciencias ocupaban lugar preferente en la instrucción y no hubiera sido un padre jesuita quien se expresara como lo hace el P. Lamy :

« Da gusto entrar al laboratorio de un químico. Dondequiera que fui, no dejé de asistir á los discursos anatómicos que se daban y ver las disecciones de las partes principales del cuerpo humano... No concibo que haya nada tan útil como el álgebra y la aritmética. »

Hasta la misma filosofía, la filosofía cartesiana, rechazada tan desapiadadamente por los jesuitas, estaba en boga en el Oratorio. « Si el cartesianismo es una peste, escribían los regentes del colegio de Angers, somos más de doscientos los infestados. » — « Se prohíbe á los Padres del Oratorio que enseñen la filosofía de Descartes, y por consecuencia, que circule la sangre, » escribía en 1673 madame de Sévigné.

Por otra parte debe hacerse constar el progreso y la moderación de la disciplina en el Oratorio :

« Hay otros muchos medios distintos del látigo, dice el P. Lamy, y para que el niño cumpla sus deberes, una caricia, una amenaza, la esperanza de una recompensa ó el temor de una humillación producen más efecto que el azote. »

Cierto es que la férula y los azotes no estaban prohibidos y formaban parte de las *legítima pœnarum genera* ; pero no se empleaban mucho, ya por espíritu de dulzura, ya por prudencia y para no exasperar al niño.

« Se necesita, dice también el P. Lamy, cierta política para gobernar ese pueblecillo, para dominarle por sus inclinaciones, para prever el efecto de las recompensas y de los castigos, y emplearlos según el uso que deba dárselos ; pues hay momentos de capricho en que el niño se dejaría matar antes que doblegarse. »

En el Oratorio facilitábase el sostenimiento de la autoridad del maestro sin recurrir á castigos violentos porque el mismo profesor acompañaba á los alumnos durante toda la serie de sus clases. El P. Thomassin,

por ejemplo, fué sucesivamente profesor de gramática, de retórica, de filosofía, de matemáticas, de historia, de italiano y de español. ¡Ejemplo conmovedor, fuerza es reconocerlo; de abnegación absoluta para el trabajo escolar! Pero esa universalidad algo superficial no servía ni los verdaderos intereses de los maestros, ni los de sus alumnos; la gran ley pedagógica es la división del trabajo.

**Fundación de las Pequeñas Escuelas.** — Desde la constitución de su sociedad, los jansenistas dieron muestras de cuidadoso empeño por la educación de la juventud. Su fundador Saint-Cyran decía: « En un sentido, la educación es *lo únicamente necesario*... Desearía que pudierais leer en mi alma el cariño que me inspiran los niños... No podríais cumplir obra más meritoria ante Dios que la de trabajar para educar bien á los niños. » Este desinteresado sentimiento de caridad en favor de la juventud, ese impulso de sincera ternura para los niños, fueron los que animaron á los jansenistas al crear en 1643 las Pequeñas Escuelas, en Port-Royal des Champs y en sus alrededores; y luego en París (1). En ellas no recibieron más que un reducido número de alumnos, preocupados, como lo estaban, no en dominar el mundo y extender su acción, sino en hacer modesta y obscuramente todo el bien que pudieran. Las persecuciones no les permitieron continuar por mucho tiempo la obra comenzada. Ya desde 1660 los enemigos de Port-Royal habían triunfado; los jesuitas obtenían del Rey que se cerraran las Pequeñas Escuelas y se dispersaron sus maestros, y expulsados, encarcelados y expatriados, los solitarios de Port-Royal no tuvieron ya más facultad que la de recoger en escritos memorables los resultados de su cortísima experiencia pedagógica.

**Los maestros y los libros de Port-Royal.** — ¡Destino singular el de aquellos pedagogos á quienes los rigores de la suerte no les han permitido que ejerzan durante más de quince años las funciones de la enseñanza y que, sin embargo, gracias á sus

(1) Véase acerca de las Escuelas de Port-Royal un estudio reciente de M. Carré (*Revue Pédagogique*, 1883, n<sup>o</sup> 2 y 8).

obras, fueron quizás los inspiradores más autorizados de la educación francesa! Citemos en primer lugar á Nicole, moralista y lógico, uno de los autores de la *Lógica* de Port-Royal, que enseñó en las Pequeñas Escuelas la filosofía y las humanidades y que publicó en 1670, con el título de *La Educación de un príncipe*, una serie de reflexiones pedagógicas aplicables, según dice él mismo, á los niños de cualquier condición. Viene en seguida Lancelot el gramático, autor de los *Métodos* para aprender la lengua latina, la lengua griega, la italiana y la española. Mencionemos también á Arnould, al gran Arnould, teólogo ardiente que colaboró en la *Lógica* y en la *Gramática general* y que, por último, compuso el *Reglamento de estudios en las letras humanas*. Á esos nombres célebres hay que agregar los de otros jansenistas más oscuros: Sacy y Guyot, autores de muchas traducciones; Coustel, que publicó las *Reglas de la Educación de los niños* (1687); Varet, autor de la *Educación cristiana* (1668). Añadamos á esta lista incompleta aún el *Reglamento para los niños* de Jacqueline Pascal (1657) y tendremos una idea de la actividad pedagógica en Port-Royal.

**Estudio de la lengua francesa.** — Por regla general hay que tener en buen concepto á los pedagogos que recomiendan el estudio de la lengua materna, y en esto, los solitarios de Port-Royal se adelantaron á su época. « Se hace leer primero en latín, decía el abate Fleury, porque lo pronunciamos tal como está escrito; lo que no sucede con el francés. (1) Razón singular que no satisfacía ni aun al mismo Fleury, puesto que deducía la conveniencia de poner, lo más pronto posible, en manos del niño, libros franceses que pudiera entender. Así se hacía en Port-Royal. Con su amor á la sencillez y á la claridad; por su tendencia, enteramente cartesiana, á no hacer estudiar á los niños sino aquello de que pueden darse cuenta, los jansenistas comprendieron desde luego cuánto había de absurdo en escoger obras latinas como libros primeros de lectura. « Aprender el latín antes que la

(1) Elección y método de los estudios.

lengua materna, decía ingeniosamente Comenio, es tanto como querer montar á caballo antes que saber andar. » Es también, como dice Sainte-Beuve, obligar á los niños á que se entiendan con lo ininteligible para llegar á lo desconocido. Ciertamente es que esos textos ininteligibles no los sustituyeron los jansenistas con obras francesas originales, pero al menos, los reemplazaron con buenas traducciones de autores latinos. Por primera vez en Francia, se tomó seriamente en consideración la lengua francesa, y antes de obligarlos á escribir en latín se ejercitaba á los colegiales en la escritura francesa, dándoles á componer cartas y narraciones cortas, sobre asuntos tomados de sus recuerdos é invitándoles á que refirieran inmediatamente lo que habían retenido de sus lecturas.

**Nuevo sistema de deletreo.** — Impulsados por su constante empeño en facilitar el estudio, los jansenistas reformaron el método de lectura que se empleaba entonces. Lo que hace más difícil la lectura, dice Arnauld, en el capítulo VI de la *Gramática General*, es que como cada letra tiene su nombre, se pronuncia sola, de distinta manera que unida á otras letras. Por ejemplo, si se hace leer á un niño la sílaba *fry*, se le obliga á pronunciar *efe, erre, y griega*, lo que tiene que enredarlo infaliblemente. Conviene, por lo tanto, que se enseñe á los niños á conocer las letras por el nombre de su pronunciación real y á nombrarlas por su sonido natural únicamente. Port-Royal propone, pues, « que no se haga pronunciar á los niños más que las vocales y los diptongos y no las consonantes que sólo deberán pronunciar en las diversas combinaciones que tienen con las vocales ó los diptongos, en las sílabas y palabras... » Este método se ha hecho célebre bajo el nombre de método de Port-Royal, y de una carta de Jacqueline Pascal parece desprenderse que el mismo Pascal fué el autor de la idea (1).

**Ejercicio de la reflexión personal.** — Lo que distingue profundamente el método de los jansenistas del de los jesuitas, es que en Port-Royal preocupan más en formar espíritus rectos que en hacer buenos

(1) Véase Cousin, *Jacqueline Pascal*, pág. 250.

latinos, tiéndese á despertar el juicio, la reflexión personal; se quiere que el niño piense y comprenda, en cuanto sea capaz de ello; en las lecturas de la clase no se deja pasar ninguna palabra sin que el niño haya entendido lo que significa y no se le ocupa más que en ejercicios proporcionados á su inteligencia y en cosas que estén á su alcance.

Las gramáticas de Port-Royal están escritas en francés, porque es ridículo, dice Nicole, el querer enseñar los principios de una lengua en la misma lengua que se quiere aprender y que se ignora. Lancelot en sus *Métodos*, abrevia y simplifica los estudios gramaticales.

« Después de otros muchos, he tenido la prueba de la utilidad de esta máxima de Ramus: *Pocos preceptos y mucho uso*: » y también de que en cuanto los niños empiezan á saber algo de esas reglas, sería conveniente hacérselas observar en la práctica. »

La gramática de Port-Royal se vale de la lectura de los autores para completar el estudio teórico de las reglas, reducidas á su minimum más estricto. El maestro, á propósito de tal ó cual pasaje de una obra, hará de viva voz las observaciones adecuadas y así se conseguirá que el ejemplo, no el ejemplo seco y sin interés de la gramática, sino el ejemplo vivo y expresivo, tomado del escritor que se lee con gusto, preceda ó acompañe la regla, y que el caso particular explique la ley general: método excelente porque está calcado en el movimiento real del espíritu; porque favorece la marcha de los estudios hacia los progresos de la inteligencia y porque según el consejo de Descartes, pásase en él de lo conocido á lo desconocido, de lo simple á lo compuesto.

**Espíritu general de la educación en Port-Royal.** — No hay que esperar, sin duda, el encontrarse entre los solitarios de Port-Royal con un culto desinteresado á la ciencia. En su juicio la instrucción no es más que un medio para formar el entendimiento. « No deberían emplearse las ciencias, dice Nicole, sino como un instrumento para perfeccionar la razón. » Los conocimientos históricos, literarios y científicos no



tienen valor intrínseco y sólo hay que aprovecharse de ellos para hacer hombres justos, equitativos y juiciosos. Nicole declara que valdria más ignorar completamente las ciencias que engolfarse en lo que tienen de inútil, y al hablar de las investigaciones astronómicas y de los trabajos de esos matemáticos que creen que « nada hay tan hermoso como el saber si hay un puente y una bóveda suspendida al rededor del planeta de Saturno » concluye que es preferible ignorar esas cosas á ignorar que son inútiles.

Pero, en cambio, los jansenistas desecharon de su plan de estudios todo lo que es palabrería estéril, y ejercicio de memoria ó de imaginación artificial. En Port-Royal se hacen pocos versos latinos y se concede mayor importancia á la versión que al tema. El tema oral reemplaza á menudo al tema escrito y se quiere enseñar al alumno « á que no le deslumbré el vano brillo de palabras vacías de sentido, á que no se conforme con palabras ó principios oscuros y á que no se satisfaga nunca hasta no haber penetrado el fondo de las cosas. »

**Principios pedagógicos de Nicole.** — En su tratado de la *Educación de un príncipe*, Nicole resumió, bajo la forma de aforismos, algunas de las ideas esenciales de su sistema de educación.

Citemos desde luego esta máxima, verdadero axioma pedagógico : « La instrucción tiene por objeto llevar los espíritus hasta el límite que son capaces de alcanzar. » Es decir que todo niño, sea de la nobleza ó del pueblo, tiene derecho de que se le instruya según sus aptitudes y sus facultades.

Otro axioma : hay que proporcionar las dificultades al desarrollo creciente de las inteligencias jóvenes. « Los espíritus más grandes no tienen sino luces limitadas. Siempre hay en ellos lugares sombríos y tenebrosos; pero el espíritu de los niños está lleno de tinieblas casi por completo y sólo entrevé débiles rayos de luz. Todo consiste, pues, en aprovechar esos rayos, en aumentarlos y en poner bajo su acción cuanto se quiere hacer comprender al niño. »

Corolario del axioma que antecede es que hay que hablar antes que nada á los sentidos : « Como las luces de los niños dependen en gran parte de los sentidos,

es necesario, hasta donde sea posible, fijar en éstos las instrucciones que se dan y hacerlas entrar no sólo por la vista sino también por el oído. » La geografía, por consecuencia, es un estudio muy propio para la infancia, á condición de que se tengan libros en que estén pintadas las poblaciones más grandes. Si se hace estudiar al niño la historia de un país, no debe descuidarse nunca el señalarle en un mapa el lugar que ocupa. Nicole recomienda también que se hagan ver á los niños estampas que representen las armas, las máquinas y los trajes de los antiguos, así como retratos de reyes y de hombres ilustres.

**Pesimismo moral.** — El hombre es malo, la naturaleza humana está corrompida : tal es el grito desesperado que repercute en todos los escritos de los Jansenistas :

« El diablo, dice Saint-Cyran, se apodera del alma del niño cuando aun está éste en el vientre de la madre... » Y más adelante : « Hay que rogar siempre por las almas y vigilar siempre, haciendo guardias como en una fortaleza. El diablo ronda por fuera.... »

« En cuanto los niños empiezan á tener razón, dice otro jansenista, no se nota en ellos más que ceguedad y flaqueza : tienen el espíritu cerrado para las cosas espirituales y no pueden comprenderlas. Pero, por el contrario, tienen abiertos los ojos para el mal : sus sentidos son susceptibles de toda corrupción y tienen un peso natural que á ella los conduce. »

« Es necesario, escribe Varet, que consideréis á vuestros hijos como inclinados al mal. Todas sus inclinaciones son corrompidas y como no las guía la razón, no les harán encontrar diversión y gusto sino en las cosas que los orillen á los vicios. »

**Consecuencias disciplinarias.** — La doctrina de la perversidad original del hombre puede producir resultados inversos y dirigir en dos sentidos opuestos la conducta práctica de quienes la aceptan. O bien, en efecto, les inspira que sean severos para seres esencialmente corrompidos y viciosos, ó bien los excita á la piedad y á la ternura para esas criaturas caídas que padecen incurable mal. Este último partido tomaron los solitarios de Port-Royal y fueron tan dulces y buenos para con los niños que se confiaban á su cuidado, cuanto eran, en teoría, duros é inflexibles para la naturaleza humana. En presencia de sus discípulos,

sintiéronse llenos de ternura infinita hacia esas pobres almas enfermas que hubieran querido aliviar de sus males y levantar de su caída á costa de toda clase de sacrificios.

La idea de la maldad innata en el hombre tuvo además, en Port-Royal, otro resultado. Acreció el celo de los maestros y los decidió á multiplicar sus cuidados y sus atenciones á fin de vigilar y sofocar en las almas jóvenes, hasta donde fuera posible, las simientes del mal dejadas en ellas por el pecado. Cuando se está encargado de la difícil misión de una educación moral, es acaso peligroso confiar demasiado en la naturaleza humana y formarse una opinión demasiado favorable de sus cualidades y disposiciones, porque se vería uno inclinado á conceder al niño demasiada libertad y á dejarle hacer y disculparlo todo. Más vale pecar por el exceso contrario : el de la desconfianza. En este caso, efectivamente, como se comprenden los peligros que amenazan al niño, se le vigila con más atención, se le abandona menos á la inspiración de sus caprichos, se espera más de la educación y se exige del esfuerzo y del trabajo lo que se juzga que la naturaleza es incapaz de producir por sí misma.

La vigilancia, la paciencia y la dulzura : tales son los instrumentos de disciplina en las casas de Port-Royal. Casi no había castigos en las Pequeñas Escuelas. « Hablar poco, tolerar mucho y rezar aun mucho más, » he ahí las tres cosas que Saint-Cyran recomendaba. La amenaza de volver á mandar á los niños con sus padres bastaba para mantener el orden en un rebaño que por lo demás era poco numeroso. Despedíanse, en efecto, á cuantos hubieran podido dar malos ejemplos : sistema de eliminación excelente cuando es practicable. Los piadosos solitarios soportaban sin quejarse las faltas en que veían las consecuencias necesarias de la culpa original, y estimando el valor de las almas humanas, su ternura para con los niños estaba mezclada con cierto respeto, pues en ellos veían criaturas de Dios y seres llamados en la eternidad á un destino sublime ó á terribles penas.

**Defectos de la disciplina de Port-Royal.** — Los jansenistas no evitaron hasta el fin las funestas

consecuencias que en germen contenían sus teorías pesimistas sobre la naturaleza humana : cayeron en excesos de prudencia ó de rigorismo y llevaron la dignidad hasta una rigidez algo huraña. En Port-Royal estaba prohibido á los discípulos el tutearse. Los solitarios no gustaban de las familiaridades y en esto eran fieles á la *Imitación de Cristo*, en donde se dice no conviene que un cristiano tenga familiaridad con otros. Así pues los jóvenes eran educados en hábitos de mutuo respeto que podrán tener su lado bueno, pero que también adolecen del grave defecto de ser algo ridiculos en los niños, puesto que los obligaba á vivir como *caballeritos* y de ser también contrarios al desarrollo de esas amistades íntimas, de esas uniones duraderas cuya dulzura y cuyo encanto conocen cuantos han vivido en colegio.

El espíritu de ascetismo es el carácter general de todos los jansenistas. Varet declara que los bailes son sitios infames; Pascal rechaza todo pensamiento agradable y él llamaba idea agradable, el reflexionar en la geometría; y Lancelot se niega á llevar al teatro á los príncipes de Conti de los cuales era preceptor.

Pero lo más grave acaso, era que en *Port-Royal* se suprimía de propósito la emulación temiendo despertar el amor propio. Sólo á Dios, decían, debe alabarse de las cualidades y de los talentos que revelan los hombres : « Si Dios ha puesto algo bueno en el alma de un niño hay que darle gracias y guardar silencio. » Con este silencio calculado cuidábase del orgullo; pero si éste es de temerse ¿no ocurre acaso lo mismo con la pereza? Y cuando se evita el estimular el amor propio por medio de recompensas ó de una palabra halagadora dicha á tiempo, se corre el riesgo de no dominar la molición natural del niño y de no obtener de él ningún esfuerzo productivo. Pascal, el gran amigo de Port-Royal, decía : « Los niños de Port-Royal á quienes no se impulsa con ese aguijón de celo y de gloria, se entregan á la negligencia. »

**Juicio general acerca de Port-Royal.** — Admiremos, no obstante, á los maestros de Port-Royal que sin duda se engañaron en más de un punto, pero que estaban animados por un gran sentimiento de los debe-

res de la educación y por una caridad perfecta. El celo y la sinceridad en la fé religiosa : un profundo respeto hacia la persona humana, las prácticas piadosas exaltadas, pero subordinadas á la realidad del sentimiento íntimo, la devoción aconsejada pero no impuesta, una señalada desconfianza de la naturaleza, corregida por impulsos de ternura y templada por el cariño, y sobre todo la abnegación profunda é infatigable de almas cristianas, que se entregan por completo y sin reserva á otras, para educarlas y salvarlas : he aquí la disciplina de Port-Royal. Pero donde hay que buscar la superioridad incontestable de los jansenistas es en los métodos de enseñanza y en la dirección de los estudios clásicos. Los maestros de Port-Royal fueron humanistas admirables, no humanistas de la forma como los jesuitas, sino humanistas del entendimiento y en nuestro concepto representan con toda su belleza y toda su fuerza, esa educación intelectual soñada ya por Montaigne que prepara hombres de sano entendimiento y de recta conciencia para las luchas de la vida. Fundaron la enseñanza de las letras clásicas. « Port-Royal, dice un historiador de la pedagogía, M. Burnier, simplifica el estudio sin privarlo por esto de sus provechosas dificultades ; procura hacerlo interesante sin convertirlo en un juego pueril y no confía á la memoria sino aquello que ha sido comprendido antes por la inteligencia... Port-Royal dió al mundo ideas que se han quedado en él para siempre y principios fecundos de los cuales sólo se ha tenido que sacar las consecuencias. »

## LECCIÓN VIII

FENELÓN

La educación en el siglo XVII. — Fenelón (1651-1715). — Cómo llegó á ser pedagogo Fenelón. — Análisis del tratado de la *Educación de las jóvenes*. — Crítica de la educación monástica. — Refutación de los prejuicios concernientes á las mujeres. — Buena opinión de la naturaleza humana. — Curiosidad instintiva : lecciones de cosas. — Debilidad del niño. — Instrucciones indirectas. — Es preciso que el gusto lo haga todo. — Las fábulas y las narraciones históricas. — Educación moral y religiosa. — Estudios propios para mujeres. — Educación del duque de Borgoña (1689-1695). — Resultados favorables. — Las *Fábulas*. — Los *Diálogos de los muertos*. — Variedad de los medios disciplinarios. — La instrucción diversificada. — El *Telémaco*. — Fenelón y Bossuet. — Alcance y límites de la educación.

**La educación en el siglo XVII.** — Además de las congregaciones enseñantes, el siglo XVII tuvo cierto número de pedagogos independientes, de pensadores aislados, que nos transmitieron en sus escritos el resultado de sus reflexiones ó de su experiencia.

La mayor parte de esos pedagogos pertenecen al clero y son preceptores de príncipes : en un estado monárquico no hay negocio mejor que la educación de los príncipes. Otros son filósofos llevados, por el estudio general de la naturaleza humana, á meditar sobre los principios de la educación. Sin pretender abarcarlo todo en el reducido cuadro de esta historia elemental, quisiéramos dar á conocer, ya sea las doctrinas fundamentales, ya los métodos esenciales que concurrieron para la educación del siglo XVII y prepararon á la vez, las reformas pedagógicas de los siglos posteriores.

**Fenelón (1651-1715).** — Fenelón ocupa un lugar